



# EDITORIAL

El abordaje de la dialéctica entre las transformaciones de la geografía de América Latina y el neoliberalismo ha sido una excelente y madura decisión de los estudiantes “comunitarizados” heterogéneamente en el ELEG para el primer número de su revista. La consigna invita reconceptualizar y reorientar críticamente las prácticas disciplinarias sobre varios ejes fundamentales.

En primer lugar evoca y obliga a producir y/o renovar un estado de conocimientos sobre las relaciones entre la “historicidad”, entendida como las formas de hacer la historia o, en otros términos, como el conjunto de dispositivos sociales que deconstruyen superadora e incesantemente la historia, y la “geograficidad”, entendida como el conjunto de dispositivos y prácticas mediante las cuales se sostienen conservadoramente o se transforman críticamente la multiplicidad de geografías. Historicidad y geograficidad son dos rostros inseparables de la multiplicidad en la unidad de “mundos de vida” (J. Haberlas), multiplicidad emergente de las luchas y movimientos sociales desiguales, combinados y contradictorios. No hay historicidad sin geograficidad y no hay geograficidad sin historicidad. Esta obviedad, lamentablemente, se soslaya con mucha frecuencia en las investigaciones y docencia disciplinarias.

En segundo lugar la importancia estriba no solo en la producción de un estado de conocimiento, sino en la articulación del conocimiento con las luchas emancipatorias. En este sentido el abordaje se inscribe dentro de la investigación-acción-participativa en el sentido amplio, es decir, en la producción de sentidos emancipatorios a diferentes escalas y con muchos matices de inserciones directas y/o indirectas con los agentes de las historicidades y geograficidades. Las narrativas resultantes son partes indisolubles de nuevos horizontes de esperanza

En tercer lugar no se limita a los aspectos abstractos comunes a todas las épocas, sino en una época o etapa geográfica e históricamente definida: la década de mayor auge y hegemonía del neoliberalismo en América Latina.

En cuarto lugar la consigna invita a pensar en la multiplicidad desigual y combinada de geografías, territorialidades y territorializaciones de América Latina, sin perder de vista su unidad y extensión imaginarias. Este eje es crucial para unificar la diversidad de sentidos locales en un único sentido liberador y emancipatorio de las viejas y nuevas formas de coloniaje. Implica la necesaria construcción del “nosotros” a partir de la combinación y unificación programática de la multiplicidad de sentidos geográficos locales, de la multiplicidad de “nosotros”. No se trata de disolver las diferencias culturales/locales y las especificidades geográficas dentro de una suerte de magma cultural y geográfico homogéneo. Se trata, más bien de avanzar con fuerte vocación en la construcción de un horizonte de equidad, justicia, soberanía y solidaridad.

En la actualidad los cuatro ejes convergen en un conjunto diverso de iniciativas geopolíticas que se vienen desarrollando de manera desigual y con ritmos y modalidades diversas. Las principales se condensan en varias siglas, tales como UNASUR, MERCOSUR, TCL y FLAT. Se trata de formas más o menos avanzadas de “nuevos estados nacientes” (Alberoni), fundados en una nueva hora de los pueblos en franca ruptura con las perversas manifestaciones de las políticas y geopolíticas neoliberales y, más aún, de viejos ordenes decimonónicos preliberales.



La revisión de las narrativas disciplinarias sobre la consigna orientadora de la revista del ELEG conlleva a muchas reflexiones y aclaraciones críticas. Me limito solamente a algunas pocas cuestiones teórico-metodológicas que tienen gran implicancia operacional a la hora de encarar los estudios de base y la elaboración de políticas emancipatorias.

La primera toca la cuestión, a menudo trivializada, de la demarcación del “universo de análisis” que llamamos América Latina. No hay que confundir, siguiendo cierta propensión figurativista de la disciplina, a América Latina con los mapas de América Latina y tampoco con las imágenes que nos proporcionan algunos medios, tales como el google-earth. América Latina no es reductible a un sistema de imágenes. Es una formación geohistórica “glocal”, constituida por muchas formaciones geohistóricas “locales”, es decir, un lugar-global constituido de lugares-globales. El término “glocal”, muy poco utilizado e incluso rechazado por algunos, entre ellos D. Harvey, invita a no perder de vista las totalidades y totalizaciones planetarias de los lugares. América Latina, en definitiva, es una forma que es espacial y a-espacial. Como forma espacial se superpone con la escala total del mundo de vida planetaria. América Latina es la totalidad mundial vista y apropiada desde los que se sienten latinoamericanos. Por tal motivo América Latina es una red de redes culturales, es decir, económicas, políticas y simbólicas que se extienden, reproducen y profundizan en el mundo entero. América Latina es una forma de ser y estar en el mundo, en la totalidad geohistórica. Los estudios y las prácticas son a la vez internas y externas a los mapas. Esta imbricación conlleva a pensar que las determinaciones sobre y en América Latina llamadas externas, son intrínsecas a su ser y estar en el mundo. Las cuestiones internas y externas se imbrican de tal modo que solamente pueden distinguirse mediante decisiones metodológicas subjetivas. Por tal motivo, las referencias al horizonte específico de la historicidad y geograficidad neoliberal de América Latina se inscriben dentro del horizonte de la historicidad y geograficidad neoliberal mundial.

La segunda cuestión se refiere a ciertos sesgos que suelen considerar al neoliberalismo como una etapa que tiene un fechaje historiográfico más o menos definido, es decir, como una etapa o momento sucesorio dentro de la flecha del tiempo (historia e historicidad) de la modernidad capitalista. Contrariamente, es importante caracterizar al neoliberalismo con un conjunto de dispositivos culturales de la socialización y la sociabilidad que se sustentan en la primacía ideológica y real del individualismo por sobre el carácter social y orgánicamente solidario (no necesariamente armonioso) de la vida social. Las libertades individuales, el “dejar hacer individual, precede y determinan a la vida social. El neoliberalismo, en tanto modelo cultural que combina aspectos económicos, políticos e ideológicos, no es otra cosa que la actualización (epocalización) de liberalismo que afirmó, para afirmarse, el proyecto “emancipador” de la burguesía. El liberalismo y todas las formas neoliberales se contraponen a sus antónimos epistemológicos y políticos: el socialismo y los neosocialismos reales e imaginarios, rótulos que suelen travestirse en muchos rótulos de las topías existentes y de las que aún no tienen existencia (u-topías). En las geografías humanas reales los procesos de territorialización de la multiplicidad de actores combinan necesariamente de manera desigual los dispositivos liberales y los socialistas, es decir, las historicidades y geograficidades liberales y socialistas. Por tal motivo las transformaciones territoriales reales en América Latina y, en general, en el mundo no son químicamente puras y fácilmente discernibles. En las escalas reales de la políticas (y geopolíticas) se observan ambos “momentos”. Lo importante es no perder de vista los sentidos territoriales (geográficos) de los diferentes



bloques geohistóricos locales de poder (y saber hacer)[1]. La tercera cuestión concierne a la necesidad de articular adecuadamente el análisis y la síntesis o totalización de los problemas. Esta cuestión también toca a las decisiones sobre la demarcación del universo de análisis, de las escalas, es decir, de los aspectos, variables e indicadores de lo que entra o puede soslayarse en las investigaciones. Se trata de la cuestión de las “escalas analítico-sintéticas”, las que incluyen los aspectos espaciales y temporales o, con términos más ricos de determinaciones, geográficos e históricos. A tal efecto es importante orientar (asignar sentido teórico y práctico) las operaciones analíticas y sintéticas o totalizadoras. La orientación es el único antídoto a las propensiones formales y/o enciclopedistas. La orientación se logra mediante el acoplamiento de la producción de saberes con los momentos subjetivos de las problemáticas geográficas, con “tomar partido” dentro de los dramáticos juegos de las contradicciones. Por tal motivo en la orientación del trabajo disciplinario no hay nada más concreto que el punto de vista subjetivo. No se trata de cualquier punto de vista subjetivo. Contrariamente hay que partir de los puntos de vista de las agencias y agentes orgánicos, es decir, relevantes de las formas de hacer geografía (geograficidad) y de hacer historia (historicidad). Se trata, en definitiva, de “hacer ciencia con la gente”, tal como se sostiene desde la epistemología política (S. Funtowics y J. Ravetz, 1993).

La cuarta concierne a la utilidad y productividad teórico metodológica consistente en concebir y organizar los universos de análisis (y síntesis) geográficos como formaciones geográficas análogas a la dialéctica de las formaciones socioeconómicas. A tal efecto hay que superar los reduccionismos y formalismos de ciertas conceptualizaciones de la noción de formación económico social, las que suelen identificarlas con los países o estados. Todas las problemáticas geográficas, cualquiera sea la escala (local, regional, provincial, etc.) son formaciones socio-económicas en las que son discernibles y se combinan aspectos naturales, culturales, económicos, políticos y simbólicos del universo ontológico y epistemológico. Las calles, por ejemplo, son formaciones socio-económicas o geohistóricas. El término “formación” tiene una doble virtud. Por un lado designa el producto de la historicidad y geograficidad de los problemas. Por otro el proceso mismo de formación, es decir los dispositivos geográficos e históricos que hacen posible que las geografías e historias se superen incesantemente, es decir, en un ir siempre más allá de su último presente, objetivando utopías (aquello que aún no tiene lugar) o, como nos propuso D. Harvey, geografías y territorios de esperanza.

.....  
No puedo finalizar este texto sin manifestar mi enorme agradecimiento a todo el colectivo del RELEG por el privilegio concedido, en especial a la Directora Editorial Liliana María Guaca G. y Pablo Loyola. Espero haber estado a la altura del privilegio y no defraudarlos. Luego de más de cuatro décadas dedicadas a los saberes y prácticas geográficas, la mayoría en la Universidad de Buenos Aires y en Argentina, es un gran aliciente para continuar siendo geógrafo y seguir estudiando geografía.

Vicente Di Cione  
El Palomar, 20 de noviembre de 2011

[1] En esta perspectiva las formas de socialización y de sociabilidad reales están presionadas por la tensión entre el carácter privado de la apropiación y el carácter social (colectivo) de la producción y reproducción de la vida social. Debemos asumir que la tensión no tiene formas absolutas de superación, lo que obliga a “regular” políticamente de manera constante las relaciones sociales. Algunas veces con el formato de la socialización liberal y otras bajo formas de socialización socialista. El término socialización no define por sí mismo el carácter antiliberal de las relaciones sociales.